

## Simón Rodríguez y José Martí en las biografías de Alfonso Rumazo González

Por *Lupe RUMAZO*\*

**D**OS BIOGRAFÍAS MAYORES para la cultura aparecen ahora en reedición simultánea. Se trata de *Simón Rodríguez, maestro de América* y de *José Martí, libertador*, las dos de Alfonso Rumazo González, puntal de la biografía en América y primordialmente en el periodo de Independencia. La aparente coincidencia las ata tanto como ya lo estuvieron con causalidad anudante en las *8 grandes biografías* del autor, periplo extenso y medular de la épica mayor del continente y de sus figuras eje, éstas en consonancia con la ideología, los pueblos, la vuelta de tuerca de la historia hacia un espacio y tiempo nuevos, renovadores, de recreación. Vale sin embargo inquirirse si la contigüidad de una con otra —las que ahora se presentan— se compenetra con significados realmente auténticos, dejando atrás el cotejo de absurdos paralelismos, pero sí en presencia de eras en consonancia, como las que trabajó José Lezama Lima.

Ya no en actitud de historiadora que no lo soy, pero sí de hacedora y compenetradora de la literatura, con especialización en la que se asienta en el telar de lo comparativo, encuentro a través de su ir vital que la fecundación de Simón Rodríguez, seguramente no conocida plenamente por José Martí, hace más de leudo para el hoy en que se lo valora y estudia, que entonces o inmediatamente después en que todavía no aparecía en su intensa irradiación. No pareciera —al menos no lo dice Rumazo González— que José Martí hubiera tomado contacto de larga cauda con la obra de Rodríguez y sí en cambio y en profundidad con la del Libertador, no sólo en lo tocante a su magma libertaria sino también en sus escritos, a los que califica y honra. Sin embargo hay un rastro de pátina de Rodríguez en ciertas páginas de Martí. Como si se hubiera preservado un cierto polvo y tal, ya maduro, logrado aposentarse en el espíritu del libertador cubano. Es una misma voz dual, de doble tubo de órgano la que habla y dice, ya en una primera, ya en una segunda vez. Habla Rodríguez:

---

\* Escritora ecuatoriana, representante en Venezuela de la Sorbonne para la Literatura Comparada y miembro de la Sociedad Europea de Cultura; e-mail: <salzamora@movistar.net.ve>.

En lugar de pensar en medos, en persas, en egipcios, pensemos en los indios. La decadencia que experimentaron en su propio suelo los griegos y los romanos, después de algunos siglos de dominación, no nos importa tanto como la decrepitud prematura en que empiezan a caer, casi a su nacimiento, las Repúblicas que han hecho los europeos y los africanos, en el suelo de los indios.

Y luego, más adelante, en el otro registro, el de Martí: “La historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria”. Y en otro tema, también redoblado en eco, o en caída de ola que arrastra décadas se escucha en un primer tiempo: “La América española es original; originales han de ser sus instituciones y su gobierno, y originales los medios de fundar uno y otro. ¡O inventamos, o erramos!”. Y en un segundo tiempo: “Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa, y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino!”. Y algo común que es la impronta rousseauiana que lleva a Martí a elogiar al hombre natural y hasta a establecer una nueva dicotomía, ya no entre civilización y barbarie sino entre la falsa erudición y la naturaleza. “El hombre natural —expresa— es bueno, y acata y premia la inteligencia superior, mientras ésta no se vale de su sumisión para dañarle, o le ofende prescindiendo de él, que es cosa que no perdona el hombre natural, dispuesto a recobrar por la fuerza el respeto de quien le hiere la susceptibilidad o le perjudica el interés”.

Los dos, Simón Rodríguez y José Martí habrían caminado así, uno y otro, por los rieles de la historia, de la política y por los otros de la escritura. Ambos heroicos, existencialmente atados por una misma convicción: dar a la existencia una razón de entrega, de servicio pleno y total. “Yo, ¿qué me importo? —dice Martí. La única gloria verdadera del hombre estaría en la suma de servicios que hubiese, por sobre su persona, prestado a los demás. Lo que quiero es prestar el servicio que puedo prestar ahora”.

Alfonso Rumazo González establece entonces, ya concretamente y como para deslindar posiciones que,

José Martí, de entre los doce líderes de la independencia hispanoamericana, se parece más a Bolívar que a ningún otro. No en lo militar, sí en la personalidad civil. El ensayo de su oratoria, el sentido romántico de esa vitalísima

ampulosidad; el desinterés económico; la irrevocable tenacidad; la fijación de una meta libertaria alumbradora de todos los actos; la fe absoluta en el éxito final; el constante acercamiento al pueblo; el don de la originalidad; el apetito permanente de conocimientos; su ingreso a la masonería; la visión continentalista y sobre todo iberoamericana; la liberación de los esclavos negros; el admirable don poético; todo eso y tal vez más son características comunes en los dos grandes de nuestra historia, en nuestra América.

Habría inclusive una rectoría íntima del Libertador que lleva a Martí a planos de equidistante mira en unas y otras realidades, actuaciones, o en sucesos de parejo andar. De tal modo que puede hallarse una suerte de reiteración —*mutatis mutandis*—, en la guerra que se desarrolla en Cuba y la anterior venezolana. Alfonso Rumazo González ve en aquella una auténtica “guerra a muerte”; Martí la nombra “guerra por la vida”, así el criollo de la Isla, sojuzgado por España responda con la misma fuerza de su predecesor venezolano y en una y otra circunstancias como debe responder: “Nosotros —dice Martí— no dejamos de dar golpes; vencer pronto ordena el buen sentido”. Y es que: “No es la guerra de Cuba un problema de clase, ni de comarcas, ni de grupos; es una guerra por la vida. La lid está empeñada; la crueldad del gobierno de España deslinda los campos: a cada acto enérgico de los cubanos responderá un acto cruel del gobierno español”.

O que Martí encuentre al mirar la comarca americana, que los negros cubanos sometidos, vejados y esclavizados son en otro orden los mismos indios nuestros, “tan ofendidos, tan anhelosos como los negros de su inmediata emancipación”. Y que Bolívar sea para Martí y para todos “César de la libertad”. Algo que lleva al gran cubano a visitar Venezuela, a admirarla, así lo expulsen después, siempre portando consigo y en camino la tea del Libertador, respecto de quien escribe en el centenario de su nacimiento en 1883: “Bolívar, de un tajo de palabra, hendía a un déspota, y de un vuelo de frase immortalizaba a un hombre”. O sea Bolívar y Martí proceros y además con la palabra por espada.

Y algo sustantivo: los dos en campaña por América que a través de la libertad va a completar la civilización. Y uno y otro en pos de la unidad. Por lo que tanto como Bolívar busca la confederación de Venezuela con la Nueva Granada, con la forja de su gran creación, la Gran Colombia, Martí piensa en las Antillas, ya no “sólo como dos islas —Cuba y Puerto Rico— por libertar” sino como razón para un mundo que se está equilibrando. Dice Rumazo González:

Cuando el Libertador venezolano habla elocuentemente de la unión de Venezuela con la Nueva Granada, Martí piensa en “la porción antillana” y en la fraternidad cubano-puertorriqueña. La estrecha relación de los pueblos del Caribe constituye un sentido fundamental de unión y fortaleza. Y la fraternización de cubanos y portorriqueños, empeñados conjuntamente en hacerse libres, punto de apoyo vital en el ver martiano, es como en los inicios de la Gran Colombia.

Y naturalmente ambos con conocimiento de las dos Américas: “la del plan norteamericano” y la otra, la nuestra, unitaria. Por lo que el historiador acota que si en el Congreso de Panamá, convocado por el Libertador antes de Ayacucho, se hicieron presentes y en forma plena la reticencia y escamoteo de Estados Unidos, muchos años después, en 1889, en la Primera Conferencia Panamericana, de la cual Martí es relator, esa beligerancia se repite y es natural que, por conocimiento de historia, vivencia y lucha propias escriba éste al respecto: “Y sin ira y sin desaffo y sin imprudencia, la unión de los pueblos cautos y decorosos de Hispanoamérica derrotó el plan norteamericano, compulsorio sobre las repúblicas de América, con tribunal continuo e inapelable residente en Washington. Nuestra América es una, pero la otra América se negó a firmar el proyecto que declara eliminada para siempre la conquista”. Pide por ende una segunda independencia —esta vez de Estados Unidos—, tanto política como económica, entendiéndose por todo ello y como advierte el historiador que “lo económico inevitablemente presiona lo político, lo social y lo internacional”. Escribe por tanto Martí: “De la tiranía de España pudo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, por ser la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia”. Simón Rodríguez también habló, mucho antes, de la independencia económica:

Una revolución política pide una revolución económica. Por inquietud a los principios, por exaltación después y, al fin, por delirio, los pocos hombres que sentían el deseo de ser independientes forzaron la masa del pueblo a hacer la primera revolución. En el sosiego deben calcular y meditar mucho por hacer la segunda, porque el goce de la Independencia los pone en la necesidad de ser libres.

El término “segunda independencia”, vale aclarar, trae una marcación diferente en uno y otro pensadores. La de Simón Rodríguez se detiene fundamentalmente en lo económico, sin descartar lo social; la de Martí

es antinorteamericana y proletaria. Roberto Fernández Retamar en su estudio *Nuestra América y el Occidente*<sup>1</sup> la analiza con escarpelo buido y estableciendo contrastes. En lo tocante a Martí ésta surge del rechazo a la dependencia de América, ya con Europa, ya con Estados Unidos, ninguna de las cuales acepta: son dos tipos de colonialismo. Fernández Retamar jala después el hilo de la obra martiana, la contrasta con la Revolución Mexicana de 1910, con la utopía de Vasconcelos y con la de Alfonso Reyes y con la desacralización de éstas dos por Pedro Henríquez Ureña. Y respecto del panorama argentino se detiene en Martínez Estrada y su *Radiografía de la pampa*, al que califica de “estudio crítico” de la Argentina, que se continúa dramáticamente con *Diferencias y semejanzas entre los países de la América Latina* y que contiene la gran exclamación del argentino: “no somos europeos sino los abonos artificiales”. Luego avanza a Mariátegui y el problema del indio como problema social, ya no étnico; al aporte negro; a los oteadores de la brújula americana, los maestros Leopoldo Zea, Augusto Salazar Bondy y Darcy Ribeiro. Fernández Retamar pergeña esta síntesis final del “proyecto martiano”:

Con los oprimidos, con los pobres de la tierra se levanta esta visión nueva, radical, insuperada de nuestra América; ya no es la suya la óptica de un pensador de aspiración burguesa sino de un demócrata revolucionario extremadamente radical, portavoz de las clases populares que inaugura una nueva etapa en la historia y el pensamiento de nuestra América.

Sin ya apelar nosotros a la clasificación de “segunda independencia” y la culminación que se le otorga se podría decir que Simón Rodríguez fue también el mayor defensor de los pobres, pero a la vez un gran educador.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Roberto Fernández Retamar, *Nuestra América y el Occidente*, México, UNAM, 1978 (col. *Latinoamérica. Cuadernos de Cultura Latinoamericana*, núm. 10).

<sup>2</sup> Existe además, el término “segunda independencia”, analizado por Alfonso Rumazo González en su artículo “¿Hubo dos independencias?”, en el cual revela que: “Esta segunda independencia formulada por Juan Bautista Alberdi y su grupo en 1837 sostuvo que ‘la primera independencia’ contra España había correspondido a una etapa ‘de armas’. A ella le había sucedido una ‘de pensamiento’. Se suponía que la inicial operó en seguimiento del modelo de la Ilustración francesa; para sostener luego que la otra buscó el calor del romanticismo. Así quedaba vigente, para la historia, una contribución muy significativa: Ilustración-Romanticismo. Esta manera de empinar los hechos a niveles de teoría, escamoteaba el auténtico temple de los mismos. Suponía que la guerra emancipadora había carecido de pensamiento propio, forzando con ello, el significado mismo de ‘Ilustración’. Y justificaba, mediante una teoría, la descomposición político-económica en que habían caído los pueblos recién independizados; se les llamaba a la aparición de caudillos, a las asonadas contra los poderes apenas constituidos, las medidas de fuerza, las trampas

Ante este apenas sumario cotejo entre Simón Rodríguez y José Martí —es la doctrina la que importa y tal se funda en Bolívar, en Simón Rodríguez y en Martí en la libertad y en la unidad; y en la identidad y la dependencia, analizados vívidamente por Leopoldo Zea—, es obvio que Alfonso Rumazo González, el gran descubridor de las íntimas esencialidades, encuentre, desde una captación actual, que la personalidad libertaria de Bolívar renace en Martí. Por lo que expresa: “Si yo creyera en la metempsicosis, diría que José Martí fue, en más de una grandeza, la reencarnación de Simón Bolívar [...] Un eterno retorno de trazo superior, sin contemporizaciones en la forja íntima, con señales muy ciertas sobre el punto de arribo”. Es por esto que añade al nombre de José Martí el de libertador; su biografía es así la de *José Martí, libertador*: “A José Martí hay que darle el calificativo de libertador, y decir con limpieza y justicia histórica ‘José Martí libertador’ [...] En nuestra América hubo un Libertador por antonomasia: Simón Bolívar. Los otros, varios, hicieron también de libertadores; el último de ellos, cronológicamente, es Martí, libertador de Cuba”.

Ya no es entonces José Martí, el Apóstol, como se lo ha llamado, tanto como no fue tampoco para Rumazo González, Miranda, el Precursor, sino el Protolíder de la Independencia Americana, a cuya fragua le dedica sendos volúmenes y numerosos estudios, precedido el mayor de aquellos por un Galeato no avizorado antes; ni Manuela Sáenz, una heroína más sino la Libertadora del Libertador y la primera mujer con conciencia americana. Y Simón Rodríguez, maestro de América, “porque no fue sólo el maestro de Bolívar, su enrumbador y orientador, y luego su valiente defensor”, como explica su biógrafo mayor. Y añade: “Su proyección se ensancha hasta llegar a ser maestro de América: en las doctrinas pedagógicas, en las investigaciones científicas y en la producción de libros. Simón Rodríguez viene a ser el libertador cultural de Hispanoamérica”. Con lo cual estas biografías, además de la de Martí, hacen una fijación de importancia suma, con trazo de categorial

---

y los crímenes políticos, simplemente ‘romanticismo’ [...] Si el descubrimiento de América significó desde el principio un ‘encubrimiento’ de lo que valían las culturas encontradas por los conquistadores y colonizadores, el sistema podía proseguir, una vez realizada la primera revolución, y convertir así el lapso crítico en torno de 1830 —enriquecimientos, guerras civiles, golpes de Estado, crímenes como el asesinato de Sucre— en una suerte de acción reestructuradora, fundada en el caos, a la que se le llamaría ‘la segunda independencia’. Si la primera independencia se empinó hasta una victoria total, ¿qué logró, qué plasmó la segunda, llamada ‘romántica’? La respuesta está grabada, continentalmente en nombres muy conocidos y ya juzgados: Páez, Monagas, La Mar, Gamarra, Lavalle, Dorrego, Obando, José Hilario López, Flores, Freire, Santa Anna, y tantos más. ¡Qué lejos de los grandes libertadores!”.

histórico.<sup>3</sup> No sorprenda por tanto que desde esa mira que observa la historia americana en concatenado acorde sinfónico encuentre que “el Tratado de París (10 de diciembre de 1898), hito final de la liberación de Cuba y Puerto Rico, significó para España el segundo Ayacucho; el primero se produjo también en diciembre, el 9 de 1824”.

Dentro de esa curvatura que traza el compás al fijar la una punta en un sitio y la otra más adelante y ya conocido el enlace que se produce entre el Libertador y José Martí cabe detenerse en Simón Rodríguez y José Martí, de quienes se presentan ahora sus biografías juntas. ¿Qué los une además de constituirse los dos en fundadores, al par de libertadores desde la escritura? “Escribamos para nuestros hijos —estatuirá Simón Rodríguez; pensemos en su suerte social más bien que en sus comodidades; dejémosles luces en lugar de caudales; la ignorancia es más de temer que la pobreza”. Y en cuanto a Martí —lo señala Alfonso Rumazo González— “este poder de la palabra, llevado al ámbito nacional contra la dominación despótica de España sobre Cuba, será la omnipoderosa fuerza de Martí, que se volvió libertador sin espada, sin armas de fuego, sin batallones ni combates, sólo con el vigor de su verbo flameante”.

O sea que las empresas libertarias de José Martí y de Simón Rodríguez —esencialmente educativa en el segundo— estuvieron asentadas “en ideas, en intelectualidad, en concepciones mentales”, siempre dentro de la peculiar identidad que los distingue. Partieron de ese centro vital para luego irradiarse. Fueron por todo ello uno y otro los libertadores culturales de las varias tangencias: la propia libertad, la unidad, la América, la identidad; la segunda independencia y la justicia social.

Pero ese *corpus* de encarnadura potente se ofreció en Rodríguez, por bien trazado, como auténtico sistema, e hizo de su autor un verdadero filósofo. Lo dijo el Libertador, lo subraya Juan David García Bacca. Naturalmente los varios volúmenes de Simón Rodríguez, su propia docencia y sus prédicas constituyen leudo de milenios. La labra es diferenciada frente a la de Martí —también ingente, también acrisola-

---

<sup>3</sup> Juan David García Bacca establece que los “categoriales” fundamentales y eficientes son: ser-nada, esencia-existencia, potencia-acto, sustancia-accidente, materia-forma, Verdad-falsedad, concepto, juicio, definición, raciocinio”. Manifiesta también “que según ellos se reformula, verbalmente, como expresión de lo que cada ser es”. Y pone como ejemplo: “Dios-Ser-Existencia-Acto puro; creatura, ser compuesto de esencia-existencia, de potencia-acto [...] sacramentos, materia-forma; eucaristía, sustancia-accidentes [...] Sagrada Escritura; ‘Verdad’”. Y en todo tratado: partir de definición, división, raciocinio”. En este caso se hablaría de un categorial histórico que trae Verdad, Juan David García Bacca, *Sobre filantropía*, Barcelona, Anthropos, 2001 (col. *Pensamiento crítico/pensamiento utópico*, núm. 116).

da, también potentemente significativa—, al extremo de que en aquél hay creaciones específicas como su Escuela Social que es una escuela socioeconómica; la Escuela Popular; las Escuelas-Taller; la enseñanza de las ciencias; la defensa del mestizaje; la fusión de instrucción, educación y aprendizaje de oficios; la lucha por la identidad americana; la Sociedad Republicana; la forja de un Banco Industrial de Depósito y Descuento, como apelación a la industrialización; la colonización del suelo americano con sus propios hombres “en aprovechamiento de las tierras baldías”; el arte de educar: instrucción social, corporal, técnica y científica; la diferenciación entre independencia y libertad; la exhortación a la independencia económica para la América, ya iniciada por el propio Libertador, con las leyes agrarias, las regulaciones sobre indígenas, los bienes eclesiásticos destinados a la educación pública; la apertura infinita a la forja de un nuevo hombre americano; el sentido fundacional: “Quiero que América aprenda a gobernarse” etc. Todo lo cual en síntesis resume Alfonso Rumazo González en estas palabras:

Educar durante sesenta años —y entre los discípulos, un Simón Bolívar!; asperjar el espacio americano con ideas a millares, pródigamente, sin exigir ni esperar nada en reciprocidad o como inmediato fruto; escribir y adoctrinar, señalando con nitidez los hechos del futuro; acercarse a los espíritus, para romper en esos resistencias y transformarlos; buscarle a la América una autenticidad y un signo propios; todo, todo aparece a esa hora como inexistente y en descenso irrevocable hacia planos de olvido. Nunca una vida inmensa y una obra ciclópea y original tuvieron tan profundo sentido creador, ni tomaron con tanta firmeza los remos del relevo que la Historia pide.

Más que pensar en relevos, indudablemente existentes en la cadena humana e ideológica —Simón Rodríguez, Bolívar, Martí— vale señalar que hay mayor unidad entre Bolívar y José Martí —así el compás se abra más—, que entre éste y Simón Rodríguez, no obstante que en término último todos cultiven una misma siembra. No se podría prescindir de ninguno, ni mirarlos aisladamente, como tampoco sería factible dejar de apreciar que los tres laboran en parecida era imaginaria, dándole a este concepto la profundidad creadora que la enaltece. Lo dije al inicio, recordando a José Lezama Lima, lo reitero ahora pero de manera más convincente ya que he encontrado el nombre de la misma. Tal se llama, como estudió Edmundo O’Gorman en relación con Colón, la *Invencción de América*. De allí que explique:

Por lo que en ella hemos de ver —en la invención de América—, el primer episodio de la liberación del hombre de su antigua cárcel cósmica y de su

multisecular servidumbre e impotencia, o si se prefiere, liberación de una arcaica manera de concebirse a sí mismo que ya había producido los frutos que estaba destinada a producir. No en balde, no casualmente, advino América al escenario como el país de la libertad y del futuro, y el hombre americano como el nuevo Adán de la cultura occidental.

Dejando de lado una interpretación sustancialista de la historia, que es la que repudia O’Gorman frente al descubrimiento de América por lo que califica a ese hecho histórico de desvirtuable —no se compagina con la verdad de ese momento, ya geográfica, ya ontológica— y el ser mismo del continente como el de una América inventada antes que de una América descubierta, cabe asimismo situarse en parecida perspectiva frente a lo que advino después. Y en tanto al origen americano coincidir en que “no se podría atribuirle a Colón el supuesto ‘descubrimiento de América’ que no realizó, ni pudo haber realizado; ni a Vesputio, responsabilizarlo de la supuesta autoatribución de esa inexistente hazaña”. Y ya inventada América, “bajo la especie física de ‘continente’ y bajo la especie histórica de ‘nuevo mundo’”, comprobar que “surgió, como un ente físico dado, ya hecho e inalterable, y como un ente moral dotado de la posibilidad de realizarse en el orden del ser histórico”. Esa realización tendrá lugar posteriormente, ya andando la historia, bien bajo la norma imitativa de lo que es Europa o bien dentro de una que aspira crearse a sí misma: “Hubo —escribe O’Gorman— una especie de cultura criolla con rasgos que la distinguen de la peninsular, mas por sus raíces y por las creencias que la sustentaron no alcanzó la originalidad que le merecía el adjetivo de autónoma respecto al modelo que le dio la vida”. Y ya en trance de independizarse el continente americano, observar que “en esas dos liberaciones de tan alto rango histórico —la ibérica y la anglosajona— se finca la grandeza de la invención de América, el doble paso, decisivo e irreversible, en el cumplimiento ecuménico de la cultura occidental”. Así en América se torne nuevamente, dentro de los varios proyectos civilizatorios, también a reproducir o a crear.

Estas conclusiones basadas en exhaustivo estudio, derivan después en el devenir de la historia americana, si es el ser de América el que se discute. Y es aquí en donde entran a actuar Simón Rodríguez y José Martí, los dos inventores de su América desde la libertad y apartándose de encasillamientos hispanos y de otra laya en el caso del primero y de éstos y otros norteamericanos en el segundo; así los conozcan, o justamente por eso, en profundidad, pues se trata de ofrecer una síntesis nueva, otra, recreadora.

De esa manera es la libertad antes que nada lo que da connotación a América y en ella naturalmente a sus epígonos. Tales Bolívar, Martí, Simón Rodríguez y tantos más que trascendieron y dieron libertad. Nunca ellos en soledad, nunca como “personajes arquetípicos o modelos, sino como —escribe Rumazo González— síntesis de un desenvolvimiento histórico importante, como una prefiguración de lo que vendrá después”. La libertad es así la esencia de América, entendiéndose por esencia la definición de Heidegger: “La verdadera esencia de una cosa se determina por su verdadero ser, por la verdad del ente respectivo”. Korn hablará de la libertad creadora y yo coincido con él. Todos ellos creadores y marcadores de verdadero paso dialéctico, que los explica y amplía.<sup>4</sup> Ese paso es el que permite entenderlos en su exacta mensura: expresa una legítima asunción del pasado, aporta creación de novedades y finalmente ofrece respuesta a un proceso realmente explosivo, modélico y renovador. Por lo que, respecto de Martí, dice Leopoldo Zea: “El hombre que así piensa ve la historia como una gran unidad en la que se van asimilando experiencias. Una misma y gran historia la de esta nuestra América que lucha por alcanzar sus libertades. Una historia dialéctica en la que no caben yuxtaposiciones de ninguna especie”. De tal modo se va forjando un porvenir y se da cumplimiento a soluciones de tipo dialéctico. Y se ha comprendido que el ser ontológico de América es la libertad. Y que los hombres como Simón Rodríguez y José Martí no se juegan una simple libertad natural que no podría enfrentarse a la disyuntiva de ser o no ser, como explica David García Bacca, sino una ontológica en la que se entrega el ser a totalidad. Martí muere en combate y ha dado libertad; Simón Rodríguez en abandono y pobreza máxima y ha dado igualmente libertad; los dos heroicos, los dos inventores de América, la libre, la libérrima.<sup>5</sup> ¡Nuestra América!

---

<sup>4</sup> Juan David García Bacca señala que “Una solución de tipo dialéctico incluye: 1) una disolución (*Aufhebung*) de lo previamente establecido o cristalizado en ‘dogma’; en ‘verdad definitiva’ que se preste, con algún decoro pontifical o secular, a ser definitorial y definitivamente impuesta a entendimiento, voluntad y acción privada y pública; 2) una sublimación (*Aufhebung*), o paso por salto de género a género, de lo anterior pasado y presente a futuro y a porvenir: a novedad, originalidad, espontaneidad; 3) establecimiento de lo sublimado, pero cual fase a transcender, es decir: procedimiento para impedir que, aun lo sublimado (o sublime) cristalice en ‘dogma’ y; 4) una apertura —valiente y decidida— de todo hacia sorpresas, desconciertos, aventuras”. Juan David García Bacca, *Tres ejercicios literario-filosóficos de dialéctica*, Barcelona, Anthropos, 1983 (col. *Pensamiento crítico/pensamiento utópico*, núm. 3). Éste es el paso dialéctico de Bolívar, Simón Rodríguez y José Martí.

<sup>5</sup> Tal la conclusión a la que conduce un análisis ya no estrictamente estructural, a pesar de los cortes, puentes, recomposiciones, codificaciones y decodificaciones que se

Pero una América que sepa llevar su nombre y al así hacerlo se reconozca en sí misma y sea ella y no otra, ya en asunción plena de su identidad. No una América enajenada por el injertado trasplante, perdida en la hojiosidad del nutrido bosque foráneo, sino rigurosamente crítica, poderosa en sus propios valores. La América —para vadear el río discursivo de O’Gorman, y más allá de todas las refutaciones verdaderas por él sustentadas—, que sí ha de verse en Colón, en Américo Vespucio, y en todos los descubridores; en sus ancestros aborígenes y en los que llegaron después; en sus colonizadores; en sus libertadores; en sus repúblicas, y hacer de todo ello, ya asimilado, suma y cimiento para su propia edificación. La América creadora, libre, unida de Simón Rodríguez y José Martí, juntos en el pensamiento y ahora en estas biografías. La América “porque no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas”. Patrias dolorosas para los hombres sufridos que las pueblan y que hallaron en los dos nombres —Rodríguez y Martí— el preludeo dialéctico de una solución social futura y la posible condonación de tanta injusticia.

Arnold Toynbee en su estudio *El hemisferio occidental en un mundo cambiante* observa, como nuevo argonauta que toma en sus manos el mapamundi, le da vuelta y no lo suelta, que hay actualmente un movimiento mundial del cual América es parte y que significa que “se está rebelando contra la injusticia social”:

Este despertar moral —afirma— es la levadura que está produciendo la fermentación revolucionaria en la América Latina de hoy. En América Latina este movimiento estaba, sin duda, retrasado pues en ella antes del siglo veinte el grado de injusticia social era extremado. Por otra parte, algo había en la tradición latinoamericana que respondía a este movimiento, y era la fina percepción latinoamericana del carácter único y de la dignidad de las personas humanas. Creo que aquí hemos puesto al descubierto la fuente misma del movimiento hacia la justicia social que va inundando el mundo en nuestro tiempo. Este rasgo particular de la tradición latinoamericana es obviamente un legado de la tradición española y portuguesa, y ésta deriva de las tradiciones cristianas y musulmanas.<sup>6</sup>

pueden hacer frente a la historia y que en efecto se hacen en este trabajo. Lo que aquí se ofrece no acepta en totalidad, por ejemplo, las “Reflexiones sobre el estructuralismo y la Historia” de Henri Lefebvre que eliminan la aspiración del historiador de captar una historia significativa o por lo menos verdadera. Pero sí se utiliza un método o sistema que conduzca a ella, o que la explique mejor, en forma actual. El estructuralismo para Lefebvre y otros es una ideología, lo cual no comparto.

<sup>6</sup> Arnold Toynbee, *El hemisferio occidental en un mundo cambiante*, México, UNAM, 1978 (col. *Latinoamérica. Cuadernos de Cultura Latinoamericana*, núm. 16).

Es decir una explicación de quien hace rotar el globo terráqueo de las civilizaciones antes de hablar.

Con estas biografías Alfonso Rumazo González trasiega en las vidas de los dos libertadores culturales pero no lo hace exclusivamente, como ya se dijo antes, desde su singularidad, a la que de todas maneras asume en plenitud. Es el todo el que le importa, la resonancia polifónica, la vibración que no decae. Son biografías que se sitúan en el ayer y en lo que le antecedió y que siguen caminando. Y es que a más del personaje y su contexto están la historia de las ideas, las relaciones del hombre y la política, del hombre y la libertad, los procesos que hacen su marcha, las sociedades, las leyes del espacio y del tiempo.

Es por esto que en su libro *El pensamiento educador de Simón Rodríguez*, complemento de la biografía y por ende posterior en su aparición, aclara la proyección del Maestro y anuncia:

El sistema de doctrina educativa de Rodríguez ha avanzado, así, de la formación individual a la plasmación de un todo social, incorporado en el doble pedimento suyo de instruir y educar. Lo particular se ensambla en lo general, en engranaje de muy estrechas articulaciones; es el hombre en sí el que interesa, y la sociedad en que se desenvuelve actuante, y el gobierno que lo preside y orienta [...] América, por tanto, si ha de enseñorearse libre, haya de educarse primero y luego, a un tiempo, librar sus varias independencias, porque educación, amén de lo mucho señalado aquí, es también dominio de lo político y de lo económico.

Algo que se ve llegar después, en correspondencia con lo anunciado entonces. Y en cuanto a José Martí escribe:

Pero el espíritu del cadáver de Dos Ríos se irguió enseguida desafiante, echada a un lado la agónica crispación. Y José Martí volvió a vibrar, ya inmortalizado por su heroísmo, en toda conciencia revolucionaria; un nuevo eslabón había ahora entre el Líder y sus acompañantes a millares. No hay arma más poderosa que la determinación de reivindicar al héroe caído.

Esa reivindicación es ahora asentimiento, admiración, conciencia de que se ha contado en la historia americana con uno de los hombres más íntegros, más pendulares. Leopoldo Zea verá esa proyección en términos políticos:

La lucha de liberación martiana es el antecedente de la lucha de liberación socialista [...] Martí no tiene que ser negado por su origen y por su formación burguesa, ni tampoco por no conocer la teoría marxista. La realización

del proyecto igualitario, o socialista de la Revolución viene a ser la condición de posibilidad de los esfuerzos que antes realizaron Martí y Bolívar por alcanzar la libertad de los latinoamericanos y la independencia de sus pueblos.

¿Cuál de las dos biografías pesa más ante la historia? No se puede prescindir de ninguna y es acierto que se las presente hoy en unidad, tomando en cuenta naturalmente la intrínseca particularidad de cada una. Hay unos mismos yunques y crisoles americanos y en ambos casos desde la palabra, por lo que se los ha llamado a Simón Rodríguez y a José Martí emancipadores mentales y una especial “combinación de guerrero y educador; porque no sólo exponen ideas sino que luchan por ellas”, es decir entran, cada cual en su tiempo, en una

pléyade de hombres que en Hispanoamérica aspiran a realizar esta emancipación, una auténtica y segura emancipación de España: Sarmiento, Alberdi y Echeverría en la Argentina; Varela y Luz y Caballero en Cuba; Bilbao y Lastarria en Chile; Montalvo en el Ecuador; Rodríguez en Venezuela; Mora, Altamirano y Ramírez en México, y otros muchos más en todos y cada uno de los nuevos países hispanoamericanos.

Tal lo señala el Maestro Leopoldo Zea también emancipador mental pero actual, tan gigante como ellos y otros a los cuales nombra, así no hayan sido éstos de su misma generación y vaya él con su pensamiento mucho más adelante: “Con Rodó y Martí surgen Vasconcelos, Reyes, Henríquez Ureña, Manuel Ugarte y otros más, todos ellos empeñados en hacer expresa la identidad de los pueblos de esta América para recuperarla y fortalecerla”. La identidad es forma de emancipación mental y de libertad. La lista continúa con muchos más y seguirá incrementándose con unos y otros enfoques, en unas y otras rutas dentro de la historia de las ideas. De igual manera sucede con Simón Rodríguez que encalla asimismo en Alfonso Rumazo González, también hombre de pensamiento y doctrina, también magno educador. Continuar ha significado detenerse antes en todos estos significados.

## BIBLIOGRAFÍA

- Fernández Retamar, Roberto, *Nuestra América y el Occidente*, México, UNAM, 1978 (col. *Latinoamérica. Cuadernos de Cultura Latinoamericana*, núm. 10).
- García Bacca, Juan David, *Tres ejercicios literario-filosóficos de dialéctica*, Barcelona, Anthropos, 1983 (col. *Pensamiento Crítico/Pensamiento Utópico*, núm. 3).
- , *Sobre Filantropía: tres ejercicios literario-filosóficos*, Barcelona, Anthropos, 2001 (col. *Pensamiento crítico/pensamiento utópico*, núm. 116).
- , *Ensayos y estudios*, Caracas, Fundación para la Cultura Urbana, 2002.
- Lefebvre, Henri, *L'Idéologie structuraliste*, París, Anthropos, 1971.
- Martínez Estrada, Ezequiel, *La literatura y la formación de la conciencia nacional*, México, UNAM, 1979 (col. *Latinoamérica. Cuadernos de Cultura Latinoamericana*, núm. 33).
- O'Gorman, Edmundo, *La invención de América*, México, FCE, 1977 (col. *Tierra Firme*).
- Rodríguez, Simón, *Obras completas*, Alfonso Rumazo González, pról., Caracas, Ediciones de la Universidad Simón Rodríguez, 1975.
- Rumazo González, Alfonso, *El pensamiento educador de Simón Rodríguez* (ensayo), estudio introductor de las *Obras completas de Simón Rodríguez*, Caracas, Universidad Simón Rodríguez, 1975 (col. *Dinámica y Siembra*).
- , *Ideario de Simón Rodríguez*, Caracas, Centauro, 1980.
- , *José Martí, Libertador*, 2ª ed., Caracas, Edime, 1994.
- , *Simón Rodríguez, maestro de América* (biografía), Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2006 (col. *Clásica*, vol. 224).
- Toynbee, Arnold, *El hemisferio occidental en un mundo cambiante*, México, UNAM, 1978 (col. *Latinoamérica. Cuadernos de Cultura Latinoamericana*, núm. 16).
- Zea, Leopoldo, *América como conciencia*, México, UNAM, 1972.
- , *Simón Bolívar: integración en la libertad*, México, Edicol, 1980 (col. *Filosofía y Liberación Latinoamericana*, núm. 10).
- , *La filosofía como compromiso de liberación*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1991 (col. *Clásica*, vol. 160).